

Entrevista a Héctor Schmucler**¿LA MEMORIA NOS INTERESA COMO COMUNICADORES O COMO CIUDADANOS?**

*Daniel Badenes y Luciano Grassi
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)*

En América Latina, tanto desde la investigación en Comunicación como en los estudios sociales sobre memoria, se reconoce en Héctor Schmucler a un referente, un faro intelectual y un provocador. Profesor emérito de la Universidad Nacional de Córdoba, donde creó el Programa de Estudios de Memoria del Centro de Estudios Avanzados, la trayectoria de Schmucler se ha caracterizado por renovar agendas de la academia y poner en duda certezas o relatos instituidos, con un estilo polémico que siempre tiende a correr el horizonte de lo pensable. Fundador y director de revistas paradigmáticas como *Los Libros*, *Comunicación y Cultura* y *Controversia*, y autor de varios libros como *Memoria de la Comunicación*, sus intervenciones recientes se han orientado a problemáticas de la historia reciente y la memoria colectiva. En este diálogo comparte sus reflexiones y también muchos interrogantes que se enfrentan al pensar si la articulación de estas problemáticas configura un campo especializado de investigación.

–¿Cuál puede ser el aporte específico de los comunicadores a los trabajos sobre la memoria?

–Aunque no es la primera vez que se plantea este tema, yo no tengo una respuesta. Podemos reconocer que hay papeles que se dan de hecho. Quiero decir: un periodista cualquiera, cuando hace una investigación sobre el pasado, aporta de hecho a la memoria. Aunque no sea su objetivo central, deja un dato. Muchos estudios de la memoria que se hacen en nuestros países toman lo que consta en los medios periodísticos. Es muy difícil hacer un estudio que sea sólo a partir de testimonios orales, que no se eche mano de los archivos de este ámbito que se llama comunicación. Hay un papel indudable. Buena parte de la memoria colectiva está construida a partir de lo que se ha visto en medios. Uno no es testigo de todo lo que ocurre. Ahora bien, ¿cuál es la relación de los viejos y de los nuevos medios de comunicación con la memoria? Es un tema a pensar, es complicadísimo.

–¿El aporte de los investigadores de comunicación ha sido estudiar los medios?

–Todos echan mano de los medios: un historiador, un sociólogo, un militante político... Lo hacen para tener antecedentes, referentes que estimulen también la memoria. Necesariamente echan mano de los archivos que existen. La pregunta también es qué parte de eso es historia y qué parte de eso es memoria.

–Pero hay algo de lo disciplinar, que en los estudios de memoria se vuelve difuso.

–Es que yo no creo que haya... uno puede *hablar de la memoria*, pero ¿una disciplina? Por ejemplo: en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata existe, como ustedes saben, una maestría sobre “Historia y Memoria”. A mí me parece que está muy bien planteada. Y son *aproximaciones* al tema de la memoria. Ludmila Da Silva Catela, por ejemplo, tiene un curso permanente que es casi una metodología de investigación, y que está muy cargado de lo antropológico. ¿Cómo separar la investigación antropológica, metodológicamente antropológica, de una investigación sobre la memoria?

–No. Está claro que no hay una *memoriología*...

–Exactamente.

–... pero en esas *aproximaciones* sobre la memoria, ¿qué tendría para aportar la mirada de la investigación en comunicación? ¿una reflexión sobre los problemas de la representación, por ejemplo?

–Yo no sé. Es otra zona. Pasa al campo de la comunicación. Uno va pasando de una camiseta a otra constantemente. Un tipo vinculado a la comunicación, se llame o no comunicólogo –otra palabra que personalmente no me gusta– puede buscar algo sobre la memoria, pero ¿cómo se separa del que estudia memoria en un sentido distinto al de la comunicación? La verdad que no tengo respuestas. Y tengo la sospecha de que la respuesta no es fácil, aunque no niego que la haya.

Con la comunicación ha pasado y pasa –tal vez un poco menos ahora– como con la memoria: *todo es comunicación*. Y en un sentido, es verdad: todo es comunicación. Pero si todo es comunicación, nada es comunicación...

La pregunta por el aporte desde la comunicación se ha hecho no sólo con relación a la memoria, sino también a la salud pública, a la política, etcétera. Y suele responderse con declaraciones de deseo. Tampoco se trata de darle a la comunicación una supremacía de “*nosotros, desde la comunicación, cambiamos el mundo*”. No, no hay que creérsela.

Por su parte, el comunicólogo puede tener interés sobre el tema de la memoria. ¿Pero es como comunicólogo o es como ciudadano que le interesa esto?

–Hay algo que nombrás con relación al interés del ciudadano y al interés del comunicólogo, que hace también a los estudios de memoria actuales, que es pensar el futuro de esos estudios. ¿Tienen fecha de vencimiento? ¿Qué va a pasar con los sitios, con las instituciones que se están formando...?

–Es una muy importante pregunta, porque hay cosas que nos parecen ocupar el mundo y después se van diluyendo porque son otras las circunstancias. Me acuerdo que hace unos años en Mendoza discutí en una charla un eslogan que decía “memoria para la justicia”. Porque se le da a la memoria una especie de papel instrumental, que podría presuponer que si logramos la justicia, ya la memoria no sirve. Pero la memoria está *a través* de eso, no se realiza nunca, es una manera de existencia humana, histórica. Por eso es tan importante. Uno no le puede pedir a la memoria por la búsqueda de justicia. Son terrenos distintos, aunque se entrelacen. El riesgo es ese: ¿y después qué hacemos?

–Cuando se dice “memoria para la justicia” quizás hay algo vinculado a la necesidad de resguardo del testimonio de aquel que tiene que dar cuenta de lo que pasó y que en algún momento ya no va a estar. Ese resguardo de la palabra también es otro desafío...

–En un sentido general, si uno toma la justicia no puntualmente vinculada a nuestra historia inmediata, sino como criterio general, no está mal. Pero generalmente cuando se usa esa expresión está vinculada al hecho histórico de la violencia y la dictadura en la Argentina. Como condición: para que exista algo así como la justicia, es necesaria la memoria...

Otro eslogan que hay que discutir es el que plantea “memoria para que no se repita”. La memoria cumple ese papel que le llaman ejemplar. No puntual, en el sentido de “esa planta está al viento y se rompió, por lo tanto no hay que ponerla al viento”. No, porque las cosas en la historia no se repiten. Para que se repita debería haber circunstancias exactamente idénticas. Ahora: el hecho en sí es menos importante que las condiciones que permiten hechos de esta naturaleza. El hecho es importantísimo, pero no es para evitar “esto”. Porque ¿cuántas formas de injusticia, de crueldad, de criminalidad, se cometen bajo otras formas?

–Deviene del debate de la singularidad del Holocausto, ¿no?

–Exacto. Entonces, la memoria más que puntual, aunque se base en hechos puntuales, es la posibilidad de pensar sobre qué valores estamos sustentando desde un recuerdo hasta una práctica social... Es difícil que vaya a haber un golpe de Estado como el del 24 de marzo del 76, porque ni la historia es la misma, ni el mundo es el mismo. *Nunca la historia se repite aunque siempre se repite*, a mí me gusta decir, *nada más que con otras caras*. Uno no las reconoce, cree que es otra pero es la misma, con otra forma. Sustancialmente se repite: hay expresiones de crueldad, de martirio, de injusticia, que tienen otra forma. Creo que ahí es donde la memoria debe ser trabajada seriamente: no simplemente como la mera descripción de algo que ocurrió, sino con la pregunta de por qué ocurrió. No es una pregunta fácil. Bueno, en este merengue están metidos ustedes. Y yo también.

–Se ha ido construyendo cierta “gramática” de representación, por llamarla de alguna manera, o de formulación de las memorias. Es una expresión dificultosa porque supone generar normativas... pero hay algo de las “buenas prácticas”, de lo que se puede y lo que no se debe, que circunscribe algo que no está circunscripto. Hay una suerte de normativa que no está dada, solamente es un acuerdo social de hasta dónde llegamos, qué mostramos, de qué manera mostramos lo que mostramos.

–Es cierto lo que vos decís. Y esto que vos decís, “qué mostramos”, en otros términos es: qué seleccionamos para la memoria. La memoria siempre es pasado, es algo del pasado. Pero a su vez es presente. Siempre es pasado y siempre es presente. Desde el presente construimos, elegimos qué recordar, qué sentido, a partir de los valores con los que nos conectamos en el presente. Se puede inventar, aun en el mejor sentido, la memoria tiene esta fluidez. Esa es la virtud y el límite de la memoria.

Cuando hablamos de una gramática, tiene que ver a veces más con tácticas de acción para un momento dado, que con un verdadero sentido de la memoria. La pregunta es: ¿qué recordar? Y ese qué recordar pareciera una especie de distorsión, pero siempre elegimos qué recordar. No conscientemente. Después, conscientemente, podemos ocultar o enfatizar. Pero uno elige recordar de acuerdo con los intereses internos o colectivos, que es otra cosa distinta al *qué decir*. Lo que parece conveniente o no conveniente, eso es otra discusión.

De lo que no hay dudas es de que la memoria siempre es una selección. ¿Qué seleccionamos y desde dónde? Qué se selecciona tiene que ver con la mirada con que uno está observando el mundo. El ejemplo de *La noche de los lápices* es ilustrativo. La versión canónica la inventó, literalmente, no malamente, María Seoane. Y ahí quedó, como un sintagma fijo. Hay pocos hechos tan paradigmáticamente de la memoria como ese... Es la película más vista por los chicos del secundario en condición de estudiantes. Pero en esa película –más todavía que el libro–, si bien es un intento de mostrar lo que pasó, está todo absolutamente alterado. Es muy atractiva porque despierta como cualquier melodrama, piedad, simpatía, dolor, pero no sé si sirve para la memoria. No tiene nada que ver con lo que pasó. Que desaparecieron adolescentes no cabe duda, pero esta construcción melodramática –y la película es un melodrama de A a Z–, no sirve para nada, políticamente hablando.

He hablado con chicos de colegios secundarios actuales –donde el tema es obligatorio curricularmente– y cuando uno pregunta por qué pasó esto, aparece la versión de que peleaban por un boleto estudiantil. Entonces todo se deshace en nada. Si uno quiere que la memoria sirva para algo, creer que una noche fueron a buscar a un grupo de chicos porque pelearon por un boleto estudiantil, puede provocar indignación, pero no enseña nada porque no se repite ni es así... La lucha por el boleto estudiantil había sido el año anterior. Ese operativo fue la acción específica contra la militancia del sector estudiantil secundario, como objetivo y fines de aniquilamiento. Sin embargo, la primera idea que se difundió y que se trabajó fue la de

ingenuos muchachos, inocentes, de buenas intenciones. Recién después vino la reivindicación, por lo menos de varios de los sobrevivientes, de que fueron militantes. Eso ya pasa a ser otra memoria...